

Rehistorizar el conflicto identitario moderno. La lengua guaraní del Paraguay, más allá de la memoria liberal.

Avance de investigación en curso
GT06: Imaginarios sociales, memorias y poscolonialidad
Ana Couchonnal
CEL Escuela de Humanidades
UNSAM

Resumen

El presente trabajo propone una reflexión sobre las posibilidades políticas de una crítica sociológica al proceso histórico de construcción de la identidad nacional en el Paraguay a partir de la puesta en juego de los momentos históricos de emergencia de la identidad nacional vinculada al guaraní en el marco del desarrollo de la modernidad liberal, considerando el caso de la lengua guaraní como tema inmanente a todo el desarrollo histórico-identitario del Paraguay que, en sus recurrentes emergencias, habilita perspectivas y actores diferenciados y silenciados, con proyecciones políticas novedosas.

Palabras clave: Identidad, lengua, historia

En el Paraguay, la cuestión de una identidad nacional es un elemento que se inscribe tempranamente y que está asociado a varios factores que resumimos en las peculiaridades más sobresalientes de la situación colonial (entre el siglo XVI y principios del siglo XIX) y sus consecuencias en el breve lapso republicano anterior a la guerra de la Triple Alianza que enfrentó al Paraguay contra Argentina, Brasil y Uruguay. Sus elementos iniciales fueron: aislamiento respecto a los centros de poder, ausencia de metales, escaso interés económico de la región, escasez de población peninsular, presencia de las órdenes religiosas y situación de límite territorial en constante disputa con la corona portuguesa. Estos factores “externos”, pueden asociarse a otros de índole “interna”, haciendo la salvedad de lo poroso de la división propuesta. En primer lugar, el mestizaje como un elemento complejo de la organización social incipiente y el llamado “cuñadazgo” como forma de reciprocidad capaz de incorporar a los invasores en las redes nativas preexistentes, aceptada por algunos grupos de indígenas en la región, en particular, los guaraníes “carios” que habitaban en la región de la ciudad de Asunción. En segundo lugar, un cierto grado de adscripción al sistema jesuítico como “opción” o como “mal menor” ante el régimen de encomienda y los servicios personales.

En este contexto, un conjunto de reglamentaciones específicas -cédulas reales que otorgaban autonomía de gobierno a los conquistadores, ordenanzas sucesivas de la administración para legislar repartimientos de indios y encomiendas (Irala, Hernandarias, Alfaro, entre otras) buscaron dar coherencia administrativa a los problemas suscitados en ese confín de los Imperios Ibéricos. Por su parte, la *problemática política* tempranamente suscitada alrededor del conflicto por la mano de obra indígena entre encomenderos y jesuitas, y también entre una élite colonial paraguaya y los indios de las reducciones, implicó una adscripción identitaria-territorial y la consiguiente conformación de grupos armados con distinto grado de organización.

Estos elementos fraguaron en una delimitación temprana, en comparación al proceso regional, de una república independiente con ciertas características que definían al naciente estado nación en el marco de una modernidad también incipiente. Se configuraba un contexto propicio para la emergencia de tensiones y contradicciones que posteriormente engendrarían un nuevo orden delimitado territorialmente, organizado militar y burocráticamente, y fundado sobre la base de la pertenencia a una comunidad de lengua propia y diferenciada, el guaraní. Los rasgos de esta homogeneidad aparente

y diferenciación cultural respecto a un afuera, también se consolidaban tempranamente en torno a prácticas y costumbres que el folklore recuperaría como propiamente paraguayas.

El proceso descrito, al menos en la dirección que el mismo había tomado, se vio abruptamente interrumpido por la guerra de la Triple Alianza, que implicó la irrupción impuesta por los vencedores de la política liberal, cuyo funcionamiento reposaba en la necesidad de una homogeneización de las condiciones de producción y el control de la diferencia .

Es destacable que aunque el movimiento político anterior a la guerra fue suspendido de manera violenta, los términos de la nueva conformación puesta en juego no dejaron de apelar a ciertas características cristalizadas del período anterior, con una particularidad, *la sustracción del peso político específico que las mismas acarrearán como precio por su inclusión en un nuevo discurso* histórico cerrado y compacto.

Esta sustracción es vigilada en el nuevo marco, por la puesta en circulación de la muerte como límite. Pasado el episodio de violencia explícita, y ante la imposibilidad de tramitarla simbólicamente, la muerte pasó tomar el lugar de un *significante amo*, ocupando el lugar del Otro que ronda el mantenimiento de los estrechos límites de definición identitaria.

Si tenemos en cuenta que la delimitación de la identidad nacional responde en el Paraguay desde la historiografía instalada tras la guerra al imperativo del imaginario “Graysiano” de pulcra homogeneidad, que deja de lado las contradicciones que sustentan la complejidad histórica dando lugar a un recitado patriótico unificado, podemos, afinando la mira, toparnos con un elemento que no ha dejado de sostener su presencia: *la lengua guaraní*.

Como hemos señalado, la lengua guaraní ha constituido, ya desde los primeros años de la conquista, un elemento constante en la definición del principio de identidad nacional en tanto conjunto compartido y dinámico. La particularidad de este elemento, es que el mismo acarrea en sí el principio de contradicción que sigue suponiendo hablar una lengua indígena en una sociedad que desde un principio quiso pensarse como española.¹ Escribe Melià que “con esto se consolidaba [...] una sociedad colonial española *preferentemente* monolingüe en una lengua indígena: el guaraní. Esto es lo que constituiría su singularidad en la América española y en los modernos Estados americanos” (Melià, 1992: 58).

Si bien la presencia del guaraní desde el inicio del periodo colonial aparece como hecho incontestado, también se inscribe desde un comienzo como campo de cruce y contestación de distintas identidades solapadas o yuxtapuestas según el contexto (española, indígena, criolla, mestiza, jesuítica-misional, campesina). Estas identidades, a pesar de estar - o precisamente por ello - irremediamente sujetas a los procesos e imposiciones coloniales y republicanos, introducen un elemento disonante, en el sentido incluso musical de la palabra. La disonancia implica la dislocación respecto al conjunto armónico que desde nuestra postura habilita un cuestionamiento que es eminentemente político, *incluso* si esto conlleva aceptar el hecho de que el guaraní como marca identitaria de lo nacional en el Paraguay se construye también en base a relaciones de poder entre los mismos pueblos indígenas y a costa de identidades nativas particulares (Melià, 2010), en relación con la presencia europea y con el discurso de modernidad política como horizonte, a pesar de que el mismo fue contestado, antes de establecerse como tal, desde varias posiciones. Anotaciones de Žižek resultan esclarecedoras para pensar en nuestro caso:

La historia de la emergencia del estado-nación es la historia de la “transmutación” (a menudo sumamente violenta) de las comunidades locales y sus tradiciones en la nación moderna como “comunidad imaginada”; este proceso involucró la represión de los modos de vida locales auténticos y/o su reinscripción en la nueva “tradición inventada” abarcativa. En otras palabras

¹ Para una síntesis que incluye un espectro bibliográfico sobre el tema ver Melià 2006.

la tradición nacional es una pantalla que no oculta el proceso de modernización sino la *verdadera tradición étnica en su facticidad intolerable*. ... (Žižek, 2001: 232)

Es a partir de esta *facticidad intolerable*, que buscamos la habilitación de la potencialidad política inserta en el desempeño de la lengua guaraní. En este mapa, la importancia radical del guaraní se puede rastrear, en primer lugar, en su permanencia a lo largo del desarrollo político y social de la provincia y luego república del Paraguay.

Esta afirmación permite introducir la problemática de la identidad nacional como un concepto en disputa y vincularla a la cuestión historiográfica como habilitación de los sentidos no solo constantes sino además presentes de esta disputa. En su dinámica, *la lengua guaraní delata la operación ideológica de sostenimiento de discursos simultáneos que resultan en un oscurecimiento de la pertenencia múltiple, histórica y política de la identidad*. El funcionamiento de la lengua guaraní en el Paraguay pone en escena la paradoja histórica y la lógica de presencia-ausencia que matiza la unidad identitaria, visibilizando las fisuras del edificio moderno liberal a propósito de una cierta asepsia homogeneizante que descarta las aristas no limadas de los procesos de inscripción histórica. Para Antolín Sánchez Cuervo:

“En definitiva, el sentido excluyente de la identidad nacional resulta contiguo a una contradicción fundamental: aquella que mina desde dentro el destino mismo de la modernidad, entendida como un proyecto emancipador indisociable de una voluntad de dominación materializada en barbarie; o, dicho con otras palabras, de un proyecto de soberanía desplegado bajo el signo de la objetivación instrumental y la reducción identificante de lo otro de sí, del predominio anegador de la identidad sobre la alteridad” (Sánchez Cuervo 2009: 379).

Ya desde los primeros tiempos, la cuestión de la lengua guaraní en la sociedad colonial ponía en entredicho la identidad peninsular exigida por la administración. En este contexto y ante la mínima proporción de españoles existente en la provincia paraguaya, la cuestión radical de la presencia indígena implicó decisiones políticas fundamentales en lo que hace a la definición de la identidad nacional. Tal como lo plantea Juan Carlos Garavaglia, una gran parte de quienes eran considerados como población “española” en los censos de la provincia del Paraguay desde fines del siglo XVIII, constituían en realidad indígenas desplazados de su anterior posición social por diversas circunstancias (Garavaglia, 1983). Esta población “española” campesina, hablaba guaraní y se encontraba inserta en la estructura social colonial. La corona, por su parte, se veía obligada a admitir este traslado, como manera de dar continuidad a su sistema administrativo. Es indudable que este traslado no se hacía sin inconvenientes, y que obviamente la categoría de pobre/no pobre se extendía a lo largo de la historia desde el momento de la conquista, al igual que otros elementos de posicionamiento y delimitación social. Sin embargo, lo que buscamos señalar en este cuestionamiento es la radicalidad de la lengua guaraní como elemento identitario que logra atravesar un principio unitario hegemónico de pertenencia sobreponiéndose al español y a sus lógicas y que hace que, aunque subsista un esquema de dominación, el sistema se vea obligado a incluir *presencias diferenciadas*. Para Melià: “traducido en términos lingüísticos, esto quiere decir que muchos españoles no sabían español por el hecho de haber nacido tales, mientras que el indígena que se tornaba español social y lingüísticamente no necesitaba hablar español para lograrlo” (Melià, 1991: 62). El proceso colonial paraguayo representó entonces una verdadera guaranización de la población de la región, lingüística, pero también cultural.

Los jesuitas, también asociados a la cuestión de la lengua guaraní, mediante el elogio y estudio que le dedicaron, atestiguan otra vía de presencia del guaraní. En efecto, las reducciones de guaraníes deben su nombre a la particularidad del aislamiento de estos grupos indígenas, segregados residencial y lingüísticamente de los enclaves españoles de la región. El guaraní que allí se hablaba, llamado

guaraní de las misiones, había pasado por un riguroso proceso de gramaticalización, escritura y difusión, mediante la acción directa de los sacerdotes y la participación de los indígenas en la confección de estilos de habla y escritura misional. Después de la expulsión de los jesuitas, esta variante de la lengua progresivamente se fusiona y desaparece de la región.² La Compañía de Jesús constituye un actor central en la fundación de la primera modernidad. Su organización de reducciones dio a algunos guaraníes el manejo de la lectura y escritura, habilitándoles un espacio político que, aunque estuvo sometido a sus reglas, constituía un modo de inscripción histórica diferenciada (Wilde, 2009; Neumann, 2005). Si bien estas vías necesitan todavía ser documentadas y analizadas en profundidad, nos parece pertinente incluirlas en este marco como opciones de lectura de la *textura política* que la presencia de la lengua ha acarreado desde los inicios del Paraguay como circunscripción. Creemos que la lengua se ha constituido a su vez en una instancia de atravesamiento sucesivo y constante de esa misma circunscripción, por lo demás ajena a la lógica indígena.

Ernesto De Martino en su obra *Furore, símbolo, valore*, considera las supervivencias culturales no como rémoras anacrónicas de un pasado superado, sino como una pervivencia que resignifica cierta lucha de la presencia (algo que resiste), proponiendo que ante la inminencia de la desaparición del ser, la lucha por la presencia social puede entenderse como generadora de un “ethos de la trascendencia” que da lugar a nuevas formas culturales que se resignifican a la luz del conflicto trágico que supone el riesgo que él denomina “crisis de la presencia”, asociado a la posibilidad que enfrenta un grupo de su propia desaparición (De Martino, 1980). En el marco de esta propuesta se hace posible pensar que la situación del guaraní representa y resguarda la *permanencia de una presencia* como respuesta a la confrontación con un Otro radical resultante del encuentro inicial de los indígenas con los españoles, incluso si esta presencia se ha trasladado en la forma de la lengua al sector campesino. Lo que resulta imponente es que la misma se ha establecido como negociación.

Esto implica que la permanencia del guaraní en el mapa de lo nacional, introduce un modo identitario que es, de acuerdo a las definiciones que hemos ido construyendo, *profundamente político*, ya que lleva inserto en sí mismo un elemento de *dislocación* permanente en lo que se refiere a la realización de su identidad particular, tanto indígena como paraguaya, lo que le da el acceso a la dimensión universal, es decir a su inscripción en un marco de reconocimiento:

Una vez más vemos confirmada la antigua regla hegeliana: el único modo de que una universalidad entre en la existencia, es adoptar la forma de su opuesto, lo que aparece como exceso. El único modo de contrarrestar estos estallidos es encarar la cosa forcluida, actualizándola en algún nuevo modo de subjetivación política (Zizek, 2001: 221)

En otras palabras, lo que elude la fijación identitaria en el caso del guaraní, es este resto que remite a lo que anteriormente, siguiendo a Zizek, definimos como *facticidad intolerable*. Se trata justamente de un resto que no halla vías de inscripción y que por lo tanto acecha, diputando el campo de lo absoluto, y habilitando alternativas no siempre inscriptas en el marco ideológico.

En definitiva, en el Paraguay se habla una lengua que define una identidad que no puede ser igual a sí misma y este hecho puede ser leído, desde la propuesta de Ernesto De Martino, como respuesta a una crisis de la presencia, que responde a la cuestión de la posibilidad de desaparición con

² Cabe destacar que buena cantidad de las reglamentaciones posteriores a la expulsión de los jesuitas de las misiones, estuvieron directamente destinadas a erradicar la enseñanza de la lengua en las escuelas de los pueblos. En este sentido es representativo un cuerpo de ordenanzas dictadas por el gobernador de Buenos Aires, Francisco de Paula Bucareli y Ursua a partir de 1768. Un apartado específico de las mismas prescribe lo siguiente: “[...] conceptúo que es la base fundamental el introducir el uso de nuestro propio idioma. Este es una de los medios más eficaces para desterrarles la rusticidad; como que; uniformándonos en el lenguaje, serán estos indios generalmente comunicables, y percibirán con más proporción el civilizado estilo de que usamos, prudente y sólido sistema que también se ha observado por otras naciones políticas, con el conocimiento de que, al mismo paso que se introduce en los súbditos el uso del idioma propio de un Príncipe, se les asegura más fácilmente en el afecto, veneración y obediencia debida al soberano” (Brabo 1872: 201)

una tramitación *política*, en sentido amplio, de una permanencia que desafía los marcos identitarios, compeliéndolos a incluirla.

Así, en el Paraguay contemporáneo la identidad nacional supone un conflicto previo que pasa por hablar una lengua que continúa siendo distinta y que se constituye como una huella que “*no deja de no inscribirse*”. Esta posición particular determina la apertura de una identidad que, para explicarse debe recurrir necesariamente a una heterogeneidad que deja en evidencia las fisuras de lo social (totalidad histórica en apariencia). En un principio, lo guaraní se convierte en “lo reducido” o “lo encomendado”, y posteriormente da lugar a “lo paraguayo”, construyendo una identidad que no puede prescindir del guaraní, como herencia pero sobre todo como *insistencia de una temporalidad anterior*: como una presencia constante que siempre está disputando los universos simbólicos y de poder. Tal como lo expresa Melià:

La existencia misma de los pueblos indígenas que son diferentes postula una nueva historicidad. Los Guaraníes no están simplemente en una historia paraguaya mayor, sino que el Paraguay está en la historia indígena guaraní. La historia guaraní es la historia de un pueblo sin escritura donde lo no escrito da sentido a lo que se ha escrito sobre ellos (Melià, 2006:34).

Al igual que respecto a todos los otros elementos constitutivos de la identidad nacional paraguaya, la Guerra de la Triple Alianza se constituye en momento de ruptura e irrupción de la lógica liberal homogeneizante. La violencia de esta ruptura, halla simetría en el uso del guaraní durante la guerra como un eco que resuena profundamente en los soldados, vinculándolos en una comunidad que sobrepasa con creces, los límites de lo nacional. Refiriéndose a la prensa de guerra Lustig afirma que:

Ya el mero recurso al legendario cacique, protagonista de la resistencia indígena a orillas del Paraguay en el s XVI, ejemplifica lo que llamamos el entroncamiento indígena: Lambaré, que firma como editor ficticio de la revista, exhorta a su estirpe a oponerse con valentía al intruso. Esta ficción es la base de toda una alegoría que se plasma a lo largo de los artículos. Según ésta, lo que antes eran los españoles son actualmente los aliados de la Triple Alianza, pero principalmente los brasileños. Sin embargo, como el símil contradice la conciencia de que los españoles trajeron elementos tan positivos como la civilización técnica y la fe cristiana, no se insiste con demasía en el paralelismo, sino que los brasileños se convierten en indígenas tupí, siempre que no se les aplican denominaciones directamente ignominiosas como kambá o karajá (Lustig, 2007: 529) [en guaraní, *Kambá*=negro y *karajá*=mono]

El conocido resultado de la guerra implicó la deportación del guaraní a los confines que le habían dado origen, en pos de la pretendida inserción moderna y liberal. La modernidad, de la mano del liberalismo de posguerra, impulsó el inicio de los sistemáticos intentos del estado por acomodar, una vez más, esta presencia extraña a la lógica institucional, hallando en la historia nacional una aliada inamovible, impermeable a cualquier tipo de confrontación de sus hipótesis. En el Paraguay, la historiografía nacionalista, vigorosa a lo largo de todo el siglo XX, ha obturado la imaginación histórica sustituyéndola por un imaginario mitificado de nación. Insistimos, sin dejar de tener en cuenta los múltiples elementos que convergen en la riqueza sociocultural paraguaya, la lengua guaraní es una arista que permite introducir la cuña de las contradicciones con presencia histórica continuada, a partir de su insistencia como significante nacional, constante pero elidido.

La potencialidad política de esta lengua “otra”, la necesidad de controlar su presencia intramitable, se percibe ya en su inscripción en el marco historiográfico nacionalista donde podemos ver que el origen mestizo enarbolado por la historiografía del novecientos siguió dando sus frutos a lo

largo del siglo XX, rayando en ocasiones, el simple absurdo a pesar de que la pluma pertenezca a un reconocido autor nacional:

... la paz se hacía ofreciendo los guaraníes sus doncellas y aceptándolas los españoles. Las indias se prestaban gustosas a este trato, ya que, según Alvar Núñez, de costumbre no son escasas de sus personas y tienen por gran afrenta negarlo a nadie que se lo pida y dicen que para que se lo dieron si no para aquello.

Y, como además eran bellas, tan bellas, que se diferenciaban de las lejanas esposas y novias europeas, sólo en que andaban desnudas, gustó a delicias celestiales aquella singular manera de conquistar una tierra.

Los clérigos cerraron los ojos, las armas fueron puestas sobre el pavés, y bajo la dirección y con el ejemplo de Irala se inicio en el Paraguay la más extraordinaria campaña de captación reciproca de dos razas por el camino del amor libre y sin trabas (Cardozo, 1959: 64).

En realidad, tal como lo expresa Melià, “la exaltación sentimental y falsamente patriótica de los ‘mancebos de la tierra’, encubre una historia encomendera de violencia, maltratos y muerte” (Melià, 2006:47), cuyos rastros pueden reconocerse hasta la actualidad. El recitado de un mestizaje mítico como raíz del guaraní en la sociedad paraguaya, intenta escapar de su propia sombra, ya que la presencia del guaraní, concomitantemente con el recitado de su idílico origen, enfrenta hasta el día de hoy lógicas del estado que varían de la discriminación al reconocimiento. La resistencia que despierta la aplicación sistemática de políticas de inclusión institucional de la lengua se refleja en la misma resistencia que le opone el marco del estado como elemento identitario dinámico y dinamizante.

Es en este sentido que creemos que es importante poner el acento en la implacable insistencia del guaraní como lengua identitaria cuya peculiaridad con respecto a otras lenguas que también pueden haberse conservado en el tiempo, radica en haber devenido *lengua nacional*, luego de poner constantemente en entredicho la lengua del estado (y esto implica también lógicas del estado), que ha debido otorgarle carta de ciudadanía para controlarla.

En los hechos, la historia del Paraguay se entrecruza desde el comienzo con el guaraní. Este es no sólo el significante que lo distingue, (¿que representa al sujeto ante otro significante?) sino por sobre todo la tensión que lo constituye. Como si el contrato hobbesiano que diera lugar al estado necesitara pasar por el acomodo lingüístico, por la serie de negociaciones alrededor de como reza el título de Bartomeu Melià, *Una nación dos culturas*.

La particularidad del guaraní paraguayo respecto a otras lenguas indígenas que han persistido en el tiempo, es justamente su carácter de inscripción nacional, como una presencia que trasladó al esquema de la identidad la contradicción colonial, la continuidad de una presencia anterior (el guaraní como lengua propia) ante la lógica dominante. Por esto mismo, el hecho de posicionar el relacionamiento entre el español y el guaraní como de intercambio, establece la posibilidad de contestar un orden cerrado como tal, recuperando la novedad política de la apertura al Otro, contestando la hegemonía desde la presencia de un resto no articulable, y que es una especie de testimonio de las contradicciones que conlleva la imposición, a partir de la puesta en cuestión de la memoria de lo nacional en la lucha y confrontación (acaso de clases) entre dos lenguas. Una lucha que no ha cesado a pesar del reconocimiento del estado, el cual sirve más bien como prueba de la necesidad de controlar el fenómeno, de darle marco formal para contenerlo. En la apertura de esta lucha, pueden converger los distintos sentidos de una identidad tapiada con palabras rimbombantes, devolviendo a la historia estancada al lecho de un río torrentoso.

Y así, cada vez que te nombres me dirás. La identidad del Paraguay está atravesada por la lanza del guaraní en el mismo sentido que el guaraní está barrado como símbolo de la moneda

nacional,³ lo cual puede prestarse también a una interpretación gráfica de la situación económica en la que se encuentran desde 1870 los campesinos e indígenas en el país: tachados. Ante la imposibilidad de denegar su presencia, postergados, manipulados, asesinados. Pasajes de la identificación donde la hegemonía insiste en trazar los surcos de la circulación y la división del trabajo y el poder.

En el Paraguay actual, lo no guaraní, como era en un principio, sigue siendo el lugar del poder, lo guaraní continúa al acecho y es un campo a ser ganado, a ser dominado, reubicado, denominado, incluido, pacificado, e inclusive, como lo atestigua la lucha campesina e indígena, eliminado.

Esta oposición es patente en hechos que parecieran ajenos, como la distribución polarizada de la tierra y la riqueza, como la miserable condición de los indígenas condenados a desaparecer en condiciones inhumanas, o la gran masa de campesinos enajenados del campo, y su contraparte, una poderosa oligarquía “multifunditaria” estancada en el poder, ajena a la realidad y a su propia historia.

De hecho, el campo de pertenencia del guaraní está dado fundamentalmente por la población que soporta la exclusión en el Paraguay, mayoritariamente campesina e indígena. Es principalmente en este sentido que la historización debe buscar su arraigo, devolviendo a los protagonistas principales de esta lengua, a sus portadores y, por ende, a quienes detentan y sostienen la identidad nacional del Paraguay, tan disfrazada en discursos tan ajenos a la misma, la palabra que les corresponde.

En este sentido podemos preguntarnos sobre el signo de radicalidad que encierra, que guarda la reivindicación de la lengua guaraní, por canales diferenciales a aquellos habilitados por la ideología como elogio inconsecuente.

La historia del Paraguay ha sido desde el final de la guerra, la historia de la exclusión de la gran mayoría de los habitantes del país de los términos considerados como principios básicos de la organización nacional: el libre comercio y los derechos individuales. Esta exclusión está en sintonía con el lugar que ocupa en la historia el idioma que hablan los excluidos, que los acompaña cuando migran y cuando logran retornar, cuando piensan en su tierra y en lo que falta, cuando no se hallan ni en la televisión ni en las noticias, cuando su presencia perturba la capital, cuando el gobierno los agobia o los mata, cuando los reprime y no los defiende, cuando las fuerzas políticas los convocan a defenderlas, y cuando los olvidan. Esta exclusión reproduce exactamente los términos de la condena del guaraní, su encierro en una utopía idílica que permanentemente busca negociar su silencio.

El triunfo del discurso moderno implicó a las identidades latinoamericanas como integradas al discurso eurocéntrico en términos de una linealidad evolutiva que permitió ordenar la historia con arreglo a un antes y un después ideológicamente amaestrado. Al mismo tiempo facilitó la identificación de lugares asignados a las poblaciones según esta misma medida de control social. Lejos del romanticismo histórico, la convivencia del castellano y el guaraní continúa generando un mapa sociopolítico complejo que pone en jaque al discurso moderno liberal. Actualizando unas preguntas de James Clifford:

Las historias del contacto y el cambio cultural han sido estructuradas según una dicotomía penetrante: absorción por el otro o resistencia al otro. ¿Qué si la identidad es concebida no como un límite a ser mantenido sino como un nexo de relaciones y transacciones que incluyen activamente a un sujeto? La historia o las historias de la interacción, deberían entonces ser más complejas, menos lineales y teleológicas. ¿Qué cambia cuando el sujeto de la “historia” ya no es más Occidente? ¿Cómo aparecen las historias de contacto, resistencia y asimilación desde la perspectiva de grupos en los cuales es el intercambio, antes que la identidad el valor fundamental a ser sostenido? (Clifford, 1988: 344 traducción propia).

³ El guaraní como moneda nacional fue adoptada durante el gobierno de Higinio Morínigo. Se lo representa como una G barrada en diagonal, en dirección de arriba hacia abajo, de derecha a izquierda.

Es esta posibilidad de atravesar la fantasía de totalidad en la que se resguarda la identidad nacional como discurso hegemónico, lo que abre el sentido político del discurso histórico en su potencialidad de poner en entredicho el tiempo de lo nacional como tiempo concluido, recuperando para sí el lugar en el que la historia y la política se miden. Es aquí donde la historización reclama una repolitización que pueda ir más allá de los canales ideológicos habilitados para la reflexión. De Certeau, en un movimiento que lo acerca a Foucault, explica esto como la necesidad de

rearticular su aparato técnico sobre los campos de fuerzas al interior de y en función de los cuales el mismo produce las operaciones y los discursos. Esta tarea es por excelencia histórica. La historiografía se ha instalado siempre en la frontera del discurso y de la fuerza, como una guerra entre el sentido y la violencia. Sin embargo, después de tres o cuatro siglos a lo largo de los cuales se ha creído poder dominar esta relación, situarla al exterior del saber para convertirla en su objeto, y analizarla bajo la forma de un pasado, hoy día es necesario reconocer que el conflicto del discurso y de la fuerza sobrepasa a la historiografía al mismo tiempo que le es interior (De Certeau, 2002: 75, traducción propia).

Esta práctica habilita un cuestionamiento permanente sobre el estatuto de la identidad propia, lo cual implica la incorporación de las perspectivas que van más allá del marco social político y económico en el que tiene lugar la vida de las personas y que conlleva lo que Bruno Latour reclama para los colectivos, su reconocimiento como “actores dotados de la capacidad de traducir lo que transportan, de redefinirlo, de redespargarlo, y también de traicionarlo. Los siervos han vuelto a ser ciudadanos libres” (Latour, 1994: 111 traducción propia).

En el año 2006 una película paraguaya, por primera vez, recorrió los circuitos del cine mundial. Tal vez no sea una coincidencia que *Hamaca Paraguaya* escenifique dos elementos siempre presentes en el horizonte paraguayo, como núcleos de una identidad nacional que se sigue presentando como problemática en el seno de la modernidad alcanzada: el guaraní (idioma en el que la película está hablada) y la eterna espera del fin de la guerra como momento de renacer.

En el Paraguay la modernidad tiene una primera irrupción temprana, sesgada con una guerra que sustituyó el lugar del Otro (anteriormente *moderno* en términos de una identidad unitaria no cuestionada socialmente) en el imaginario de lo nacional. Esta característica implicó que la modernidad política inicial, haya sido traspuesta a una modernidad más acorde a las necesidades de la división internacional del trabajo en su capítulo latinoamericano. En este proceso, sin embargo, y a diferencia de los otros países de la región, la lengua guaraní paraguaya continuó siendo, continúa, hasta el día de hoy, la lengua nacional predominante, marca de una pertenencia identitaria que expone insistentemente la fractura moderna, en su juego constante de inclusión- exclusión, haciendo las veces de puerta de entrada a la serie de continuidades y discontinuidades que conforman lo “moderno” como tal, señalando sus puntos de fuga y concentración, y, fundamentalmente, su “eficacia ideológica”.

La lengua guaraní se imbrica en la identidad moderna como rémora, como persistencia con un crecimiento marginal que conserva “aquello que la modernidad esconde”. La presencia en muchos casos, “molesta” del guaraní permite también la sobrevivencia y recuperación de saberes dejados de lado en la construcción ideológica de la modernidad, así como la amplitud y variación identitaria y la circulación de otros regímenes de temporalidad, señalando por lo tanto y al mismo tiempo, el funcionamiento escindido de la modernidad liberal.

En ese sentido puede decirse que la lengua guaraní ocupa el lugar del síntoma que permite el acceso al funcionamiento de las modernidades “perdidas” en los países “en búsqueda de modernidad”, habilitando a otros actores y permitiendo articular una perspectiva diferente de análisis histórico cultural, que deja de manifiesto la marca fundacional de la identidad como categoría impuesta,

orientándonos en el sentido que propone Aníbal Quijano de que es tiempo de *dejar de ser lo que no somos*.

Bibliografía citada

- Cardozo, Efraím
1959a El Paraguay Colonial, las raíces de la nacionalidad. Asunción/Buenos Aires: Ediciones Niza.
- Clifford, James
1988 The predicament of culture : twentieth-century ethnography, literature, and art. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- De Certeau, Michel
2002 Histoire et Psychanalyse. Entre Science et fiction. Paris: Gallimard.
- De Martino, Ernesto
1980 Furore, simbolo, valore. Milano: Feltrinelli.
- Garavaglia, Juan Carlos
1983 Mercado interno y economía colonial. México: Grijalbo.
- Latour, Bruno
1994 Nous n'avons jamais été modernes : essai d'anthropologie symétrique. Paris: Editions La Découverte.
- Lustig, Wolf
2007 ¿El guaraní, lengua de guerreros?. La "raza guaraní" y el ava ñe'e en el discurso bélico nacionalista del Paraguay. In Les Guerres du Paragua aux XIXe et XXe siècles. N. Richard, Luc Capdevila y Capucine Boidin, ed. Paris: CoLibris.
- Melià, Bartomeu
1991 El guaraní : experiencia religiosa. Asunción, Paraguay: CEADUC : CEPAG.
—
1992 La Lengua guaraní del Paraguay : historia, sociedad y literatura. Madrid: Editorial MAPFRE.
—
2006 Mundo Guaraní. Asunción: Programa de apoyo al a conceptualización de la Iniciativa Mundo Guaraní. Banco Interamericano de Desarrollo. Ministerio de Relaciones Exteriores de Paraguay.
—
2010a Historia cultural del Paraguay. 2 vols. Asunción, Paraguay?: El Lector.
- Neumann, Eduardo
2005 Práticas letradas guarani: produção e usos da escrita indígena (séculos XVII e XVIII), Tesis de Doctorado. Programa de Pos-Graduação em História Social, Unviersidade Federal do Rio de Janeiro. .
- Sánchez Cuervo, Antolín
2009 El otro hilo de Ariadna. Exilio y pensamiento crítico en la cultura hispánica. In Modernidad Iberoamericana. Cultura, política y cambio social. F. Colom González, ed. Frankfurt/Madrid: Iberoamericana-Vervuert- CSIC.
- Wilde, Guillermo
2009 Religión y poder en las misiones de guaraníes. Buenos Aires: Editorial Sb.
- Zizek, Slavoj
2001 El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política. Buenos Aires: Paidós.